



Un burro volando

Dedicado a Pepe, padre de Pepín

No me llamo Dionisio. Cambio de nombre según el talante viril de mi cuidador, soy Alfredo, Vanesa, por la mañana, Soraya o Adán, al atardecer. No sé si vuelo o nado en el aire, pero me veo feliz, porque hoy no llueve. Con una cincuentena de años, nada más. Y no tengo piel de líder

Hoy, primera mañana de la primavera del año 2014, tras la última noche de invierno, encuentro desconcertante mi situación. De pronto, me veo en un punto elevado y en movimiento, sobre un camino que hice mil veces andando, y al fondo, estático, nuestro lugar preferido.

Villafreo, mira al este por los ojos de la peña blanca, y desde los de mi dueño. Oí, que quiere hacer casa allí, solo, para aislarse de ese mundo, que tanto ha hecho, por hacerlo insignificante.

Yo soy un burro, no se contar, naci domesticado, y ambos hemos trabajado juntos, claro yo llevaba la carga, pero no sabía prepararla y él, siempre la cubicaba dentro de mis serón o en el carro.

Sé que por aquel entonces él me seguía por el camino, leyendo. No tenía más allá de doce años, pero su cara a veces contenía los gestos que había visto en los adultos.

Si volviera a verle, lo reconocería; eso sí solamente, cuando con un libro en la mano, y leyendo, se acercase a mí y viera en su cara aquel rictus de enajenado, que después de iniciar el transporte, le imbuía en la novela.

Escribo estos párrafos, pues su primo, me ha pedido, ¡ahora vivo con él!, que recordara aquellos años inolvidables, y también como memorándum a otro burro,

que hace cien años se hizo famoso. Un poco aristócrata él, se dedicaba a ser modelo de un literato. ¡A juzgar por el cuentacuentos, era un poco bobalicón!

Ahora, pensando aparte, deberían habernos escogido como símbolo de la paz, en vez de a la paloma, por el sólo hecho de que aquel Picasso hizo unos rallajos para avisar al mundo del peligro de la guerra. Nosotros, como por ejemplo yo, ahora sobrevolando este lugar donde en aquellos años de necesidades, ambos íbamos a rodearnos de soledad, al tiempo que trabajábamos, evite que algunos lobeznos agitarán y se comieran a las cabras de un vecino intransigente y gordito, o cuando no quise pasar por aquel puente, con una excursión de niños, que segundos después se descolgó sobre un precipicio peligroso. Defendí otras mil terquedades, que impidieron conflictos mayores. Pero bueno eso es parte de un pasado activo, reconocido después con agradecimiento alimentario.

¡El único que queda vivo en su pueblo!, a los demás los han vendido, o se han muerto, aunque no muy lejos, quizás en el pueblo que hay al final del valle, a veces, a pesar de mi pequeña sordera, oigo a media mañana un rebuzno, pero no sé si es real, o está grabado para deleite de sus habitantes, como acto de homenaje a un tiempo más poblado de animales.

Tuve hasta una guardería de cabras, corderos, potros y algunos terneros, haciendo de orquestador de la convivencia. Con gallos y gatos como tutores.

Hablando de animales, había siempre con nosotros un perro muy listo, siempre sonreía, jugaba, y era nuestra escolta, sobre todo cuidada mucho de aquel enano humano, que hacía los trabajos conmigo.

La memoria me falla un poco, pero me acuerdo de una vez, que salimos de casa al amanecer, me puso el arado en el serón y nos fuimos a arar sin decir nada a nadie, y cuando empezamos la faena, como el artefacto no se clavaba en la tierra, ese perro negro y anaranjado, empezó a rascar la tierra para que nos fuera más fácil removerla, me dio la risa y no pude tirar del arado. En aquella ocasión me dieron un par de palos, que guarde en la memoria para en otra ocasión poder, hacerle alguna trastada a modo de venganza. Creo que se me olvido enseguida, y nunca me tome la revancha.

Damos la razón al pasado, pues en la edad intermedia, éramos muchos más por estos andurriales, y nos hacíamos nuestras abluciones, mientras, reíamos y competíamos en pequeñas carreras, de lo más inocentes, excepto con alguna coz, que en el desaforado juego, caía en hocico amigo, recibida entre rebuznos.

Recuerdo la larga duración de los inviernos. Sólo, apartado, oyendo los mugidos, entre las rachas de viento helado, esquivando los copos de nieve. Comiendo heno,

excesivamente seco, bebiendo agua en una zafra, y rodeado de mis bolitas malolientes. Era entonces cuando ejercitaba mi memoria.

En mi curiosidad, dicto no más de lo que pienso.

De mi soledad a la tuya, conservo la vista y el olfato, oigo hasta el crick de las piedras en la senda. Cansado y paciente, veo aparecer en el valle, al acercarme, las veceras, los rebaños, los pastores, las cercas, los arroyos, a ti.

-¡Qué confusión! ¿Hay espejismos en mi pueblo?

- No, sólo acabas de despertar de la siesta.

- Ciérrame el postigo, seguiré soñando, sin sed.